

LIBROS / Críticas

## Cozarinsky y el derecho a la venganza

En ausencia de guerra, una de las mejores novelas del escritor argentino, se adentra en la larga tragedia de la dictadura de su país entrelazando dos historias cargadas de odio

**En ausencia de guerra**  
Edgardo Cozarinsky  
Tusquets, Barcelona, 2015  
206 páginas. 17 euros

Por Alberto Manguel

**NARRATIVA.** HAY NOVELISTAS con cierta tendencia al énfasis que tratan de convencer al lector con afirmaciones rotundas, atemorizarlo con respuestas contundentes, consolarlo con sabias explicaciones. Edgardo Cozarinsky rechaza estos métodos fáciles, y a la certitud de esos dogmáticos y ficticios historiadores. Prefiere la duda. Las ficciones de Cozarinsky son siempre inciertas, apenas se atreven a sugerir nuevas posibilidades a la luz de veredictos aceptados, y si bien sus personajes dialogan entre sí, raramente se ponen de acuerdo. Cozarinsky escribe siguiendo el consejo de Oscar Wilde: "Hay que ser siempre algo improbable".

La larga tragedia de la dictadura militar argentina, seguida de "la delincuencia política, la mentira institucionalizada, las ficciones populistas" (es uno de los personajes de Cozarinsky que lo dice), fue declarada juzgada y archivada en las últimas décadas, y sellada con el generoso olvido de quienes no querían demorarse en los detalles. Numerosos escritores intentaron contar las historias encubiertas por medio de invenciones ingeniosas y atroces, y así sacar a la luz las íntimas tragedias de un período famosamente sangriento.

Cozarinsky (como era de esperar, conociendo su obra) no sigue las maniobras inquisitorias de la pesquisa histórica ni los fáciles laberintos de la teoría psicológica. Su propuesta es a la vez más simple y más compleja: contar un episodio de la nefasta época, con sus consabidas traiciones e

infamias, pero no indagar con métodos de detective en las causas y consecuencias. Su estrategia es volver el foco hacia nosotros, hacia los espectadores o lectores, y observar cómo los hechos trágicos que cuenta nos afectan. Es como si, en la mitad del drama de Edipo, nos encontramos convertidos en el coro, atrapados por los eventos.

El episodio elegido por Cozarinsky nace, como en las mejores novelas de aventuras, con el descubrimiento de una carta en un libro olvidado, en la cual la voz de una anciana amiga ya fallecida lanza al protagonista en una búsqueda que promete ser tenebrosa. Así descubre que los hijos de la amiga, supuestas víctimas de la dictadura militar, tal vez no hayan sido lo que se piensa que fueron. A esta primera trama se superpone la de aquella famosa película de Hitchcock, *Extraños en un tren*, basada en la novela de Patricia Highsmith. Ambas historias, por supuesto, se entrelazan.

En la película, dos desconocidos intercambian crímenes: cada uno matará a una víctima elegida por el otro y por lo tanto no habrá después motivo de que sospechen de ellos. En la novela de Cozarinsky, una mujer argentina propone al narrador matar, él y ella, a un personaje que el otro odia o debiera odiar: ella matará al responsable



La policía golpea a un joven en Argentina tras el golpe de Estado de 1976. Foto: Sipa-Press

del atroz destino de los hijos de la amiga, él a un hombre que denunció al padre de ella durante la guerra de Argelia. "¿Tienes capacidad de odio?", le pregunta la mujer para tentarlo con la propuesta. "No hablo de resentimiento por alguna ofensa impaga... Hablo de un sentimiento muy fuerte, que solo se puede apagar matando al objeto del odio".

El tema, como se ve, es de Henry James: una pasión alimentada por el deseo de acabar con el objeto de esa pasión. Los papeles de Aspern que serán quemados antes de que sus dueñas acepten entregarlos a un desconocido, la ambición aristocrática de una seductora americana condenada a languidecer en una ciudad del Midwest al final de *La copa de oro*, la

larga espera, en *Retrato de una dama*, que nutre un amor que esa misma espera terminará extinguiendo, son precursores de esta nueva ficción de Cozarinsky en que el tema (el lector descubre en las últimas páginas) no es la infamia ni el odio que ésta puede provocar, si no, misteriosamente, el derecho al sacrificio, a la violencia. En ausencia de guerra, ¿es admisible un acto de venganza?

Como en toda la obra de Cozarinsky, además del tema central, hay un deleite en el detalle absurdo, en el chisme, en el artificio social que encantaba a Bioy Casares, con quien Cozarinsky comparte un tono lacónico y acerbo. Un ejemplo: un abogado marroquí cuenta al narrador que en 1956, durante una ola de miedo, muchos comerciantes judíos decidieron mudarse de Marruecos a Caracas, los banqueros judíos a Ginebra y los médicos y arquitectos a Montreal. "¿Y a Israel?", pregunta su interlocutor ingenuamente. "¿A Israel? La mano de obra no calificada".

El lector familiarizado con las ficciones anteriores de Cozarinsky sabe que no debe nunca fiarse de la narración aparente, que bajo la apariencia de hechos razonables se deslizan los equívocos de la historia y las interpretaciones equivocadas de los diversos personajes. Cuando el narrador nos dice en el primer párrafo: "Desde hace algún tiempo, cuando duermo en un avión, me visitan los muertos", debemos sentirnos precavidos, aunque nos aclare inmediatamente después que "mis muertos no lo están necesariamente para el estado civil. Están muertos para mí afecto, para el diálogo". Estos muertos (más allá del afecto y del diálogo) animan esta novela, una de las mejores que Cozarinsky ha escrito. •

Marcha de mineros hacia Madrid en 2012. Foto: Uly Martin



LECTURAS DE ESCRITOR

### Buena gente que camina

Andar puede ser un gesto revolucionario. Lo recuerda la ensayista Rebecca Solnit en *Wanderlust*. Por Isaac Rosa

ESCRIBO ESTE TEXTO mientras camino. Nada extraño: la mayor parte de mis novelas, artículos y conferencias las he escrito andando, a veces corriendo, incluso pedaleando. Tampoco soy muy original, uno más de la legión de escritores que un día descubre que la mente funciona mejor a cuatro kilómetros por hora, que la cadencia de los pasos acaba siendo ritmo narrativo y el

paisaje tira del hilo de la memoria. Caminando uno espera que, como a Virginia Woolf paseando por Tavistock Square, le venga la inspiración decisiva para escribir *Al faro*. Adoro esa imagen de Sánchez Ferlosio apoyándose en los techos de los coches para anotar ese pensamiento que surgió de pronto. Y que se lo pregunten a los poetas, que deambulan más que nadie (cuenta Solnit que Coleridge abandonó el

verso libre cuando dejó de andar).

Escribo mientras camino, ya está dicho. Más inusual es que una lectura me haga andar, que avanza por las páginas de un libro me ponga en movimiento en el espacio y el tiempo como lo hace el ensayo de Rebecca Solnit.

Desde las primeras páginas de *Wanderlust*, eché a andar y ya no paré. Atravesé paisajes salvajes, acompañando a los pioneros de la caminata dos siglos atrás, aquellos que inauguraron la idea romántica y todavía vigente del paseo como liberación y como experiencia estética, y que acabaron cuestionando la propiedad privada (las puertas al campo, para nada metafóricas). Párrafo tras párrafo incurSIONÉ con ellos en bosques y desiertos, ascendí montañas por primera vez pisadas, y acabé regresando a las ciudades, las grandes ciudades donde el caminar es una forma de resistencia frente al urbanismo sin escala humana y contra el "¿te gusta conducir?"; una oportunidad para provocar esos cruces imprevisibles que enriquecen la vida urbana contra quienes intentan regularla y vigilarla; una forma de ejercer ciudadanía y reapropiarnos del espacio público en la línea de lo que ya leímos antes en Mike Davis o Manuel Delgado.

Crucé las avenidas mezclándome con inevitables *flâneurs*, vagabundos y turistas, con hombres sospechosos por su solo andar improductivo, sin rumbo ni destino; con mujeres que llevan siglos disputando su derecho a caminar sin ser tomadas por prostitutas ni acosadas ni violadas. Cruzando nuevos barrios amurallados y urbanizaciones planifica-

das contra el caminante, vimos tras las cristalerías de los gimnasios a los Sísifos de cinta mecánica (ese invento perverso que, recuerda Solnit, nació en una cárcel).

Juntos, sin dejar de caminar por las páginas de *Wanderlust*, nos unimos a quienes venían marchando desde lejos, desde muy lejos: revolucionarios y amotinados que un día echaron a andar y aún resisten, caminantes por la paz o los derechos que cruzan países, obreros, ecologistas, peregrinos, zapatistas, marchas civiles que corren una inabarcable carrera de relevos hasta nuestras últimas marchas de la dignidad que prolongan el caminar como un acto político, una forma de desobediencia civil.

Junto a Solnit he caminado varias jornadas, siguiendo sus pasos, sus derivas y rodeos, sus momentos en que se detiene a mirar algo, incluso una nimiedad: las veces en que aprieta el paso y a fuerza de abarcar todos los aspectos posibles del tema nos fatiga, nos marea, nos aburre incluso, sin que podamos dejar de andar, porque caminar, leer, pensar, caminar, tiene un efecto euforizante, nos resitúa en la tierra, libera el cerebro y recupera el cuerpo frente a la incorporación creciente de nuestras vidas, nos vincula a quienes andan a nuestro lado, nos hace libres al buscar espacios libres y tiempo libre para recorrerlos.

No se pierdan esta marcha, este libro. Sigán andando. •

*Wanderlust. Una historia del caminar.* Rebecca Solnit. Traducción de Andrés Anwandter. Capitán Swing. Madrid, 2015. 472 páginas. 22 euros.

EL PAÍS BABELIA 25.04.15 9